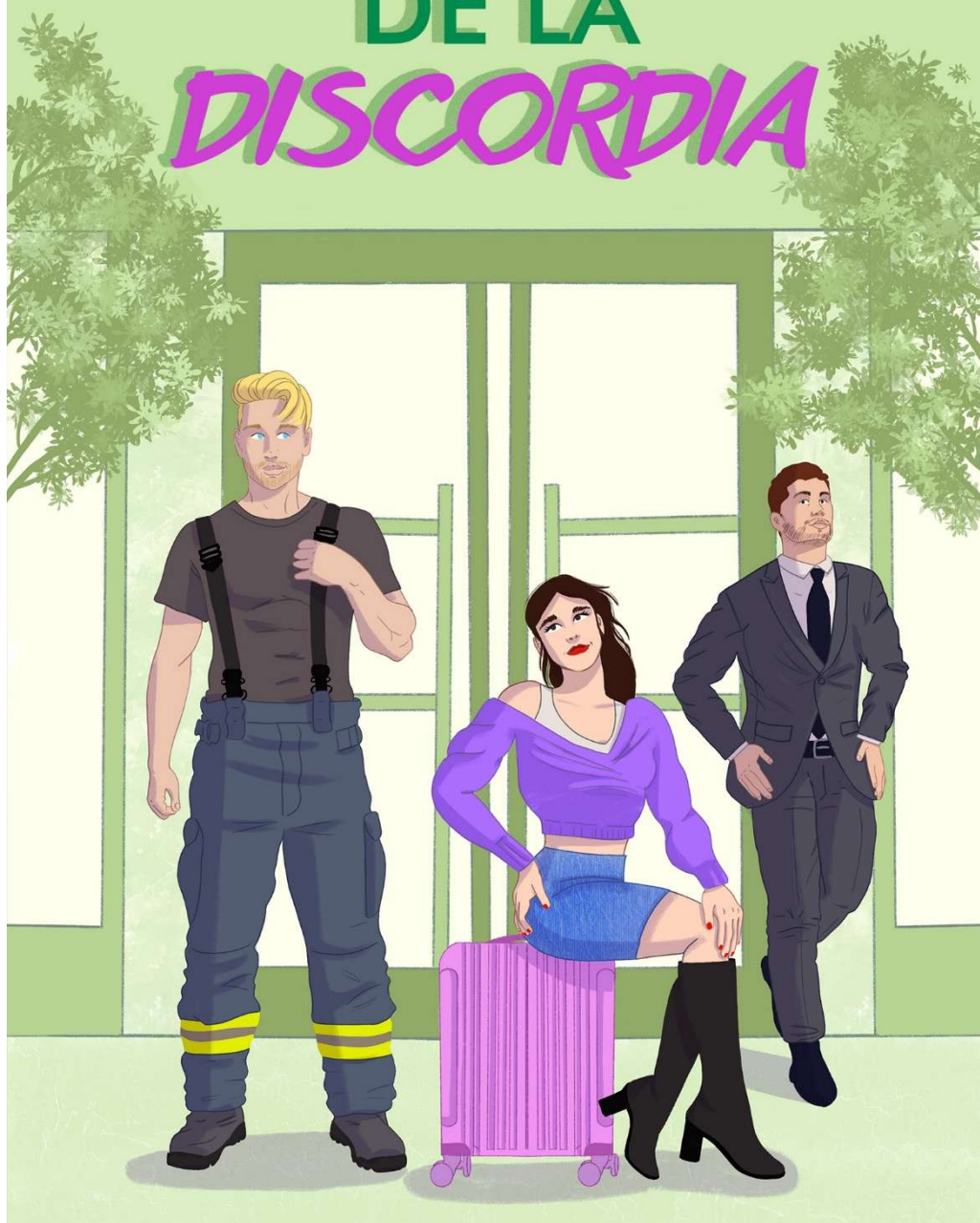


TESSA COOPER
EL HOTEL
DE LA
DISCORDIA



El hotel de la discordia

Tessa Cooper

© de la obra: Tessa Cooper

1.ª edición: 2026

Diseño de cubierta: María Latorre

Corrección: Érika Gael

N.º de registro CEDRO:uGnfjvYF-2026-03-18T18:00:54.672

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Viernes, 8 de abril

11:00 En el cementerio – Tres Naranjos

—Cinco mil habitantes. Otra vez.

—Un difunto más, y los mandamientos se van a tomar por culo.

—Uno no puede espicharla tranquilo, manda cojones.

—Es terrible.

—Toda una vida de equilibrios, y nos iremos a la tumba con nuestro legado en ruinas.

—A Flora le quedan dos telediarios; a Cristóbal, puede que cuatro. Tanto viaje a Madrid para visitas médicas me da mala espina.

El grupo de octogenarios se paró unos segundos, durante los que repasaron mentalmente los achaques del resto. Después, en un acto mecánico que cada vez les costaba más, reanudaron la marcha al unísono.

Lola, cuatro pasos por delante de ellos, siguió el sendero por inercia y con los puños apretados por la rabia. Necesitaba fuerzas para no girarse y espetarles cuatro frescas. La cuadrilla parecía más preocupada por el censo local que por el fallecimiento de una de las pocas personas con las que ella había congeniado en ese pueblo de la sierra de Guadarrama. Pensó en Eusebio, que había enterrado a su esposa cinco meses atrás, todavía con el brillo que caracterizaba a sus ojos, para, poco después, apagarse con suma lentitud. Sin hacer ruido, pero sin pausa.

—¿Y si lanzamos una campaña de márketing para buscar jubilados que aspiren a un retiro tranquilo?

—¿Como cuando se fletaban autocares llenos de mujeres en busca de un buen mozo?

—¡Exacto!

Los aplausos que estallaron detrás de Lola fueron el detonante. Frenó en seco y se giró, con las aletas de la nariz tan hinchadas como las de un toro en San Fermín. Sin embargo, en el preciso instante en que iba a alzar la voz, la mano de Pablo tiró de ella y se la llevó a un lado.

—No vale la pena. Piensa en Eusebio. No le gustaría que su adiós se convirtiese en un espectáculo.

—Son unos cabrones insensibles.

—Anda, déjame abrazarte. Lo que ocurre es que están asustados, y esa es su forma de demostrarlo.

—¿Los has visto cuatro veces y ya sabes cómo están?

—Sí. Calo a la gente a la primera. Es un don.

Pablo relajó a Lola. No por el abrazo en sí, que también; lo que dibujó una tenue sonrisa en los labios de la joven fue el recuerdo del primer encuentro entre ambos.

Tras separarse de él, Lola le propinó un codazo en un gesto íntimo y entrelazó sus dedos con los suyos. En pocos segundos, se sumaron a las personas congregadas al final del camino.

La tranquilidad no le duró ni cinco minutos.

—Yo lo pondría arriba del todo, siempre le dará más el sol. ¿Qué ocurre? ¡No me miréis mal! Cuando estire la pata, a mí que me toque el Lorenzo. Cuanto más abajo, más humedad, y eso es malo para los huesos.

»Y el transistor, hay que dejarle encendido el transistor. Pobre Eusebio; desde que se jubiló, no recuerdo haberlo visto nunca sin ese chisme pegado a la oreja.

—Paco, dejar el transistor en marcha es demasiado. Anda, apágalo, que mientras duren las pilas, más de uno se puede llevar un susto de muerte.

—Genaro, no seas aguafiestas. Votemos: ¿transistor encendido?

—Reme...

—Ni Reme ni leches, Rafa. Vivimos en democracia, y a Eusebio no le queda familia que pueda decidir por él. Mi voto es un sí.

Pablo, pegado a Lola, apretó los labios y miró el cielo encapotado.

—Como se te escape la carcajada, te hacen la cruz, así que aguanta como un jabato o prepárate para morir a manos de los cuerdos de mis vecinos — susurró Lola, inclinándose hacia él, sin apenas mover los labios.

—¡Oh! Eres ventrílocua. ¡Uish! Lola, menudo pellizco.

—Un respeto. Don Eusebio era un hombre sensato. Si escuchase lo que estos pretenden, se levantaría de su tumba.

—¡Solo cinco a favor! A ver, Lola, ¿tú qué dices? Eusebio era tu vecino; quizá alguna vez te comentó qué le gustaría que se hiciera con el transistor tras su muerte.

Lola miró a Reme con fijeza. A continuación, desvió la vista hacia el pobre sepulturero, cuya tez era tan blanca que parecía fundirse con los nichos que se alzaban a su espalda. Genaro negó, con la cabeza gacha y cierto bochorno en las mejillas; don Aurelio, que agarraba el tacataca con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos, elevó el mentón, infundiéndole ánimos a Lola para que

zanjase esa estúpida discusión. Por último, Charo, alcaldesa de Tres Naranjos, la animó con un movimiento de mano.

—Aunque os parezca raro, jamás hablamos de semejante momento. Reme, quizá tú comentas las decisiones vitales con tus clientes en el bar, o con las tres cotorras con las que compartes bloque. Sin embargo, Eusebio era un hombre culto y de vida tranquila, cuyos intereses iban mucho más allá de si, una vez muerto, la humedad le provocaría reuma, se perdería la noticia del siglo o si los chalados de los parroquianos de esta nuestra comunidad convocarían una votación antes de meterlo entre cuatro piedras bien selladas. Por cierto, ya que estamos: a mí, como si me envolvéis en una sábana y me tiráis a una cuneta. ¡Ya os vale! Un poco de consideración. Sepulturero, a sepultar.

El chaval apagó el transistor y se puso manos a la obra mientras un silencio tenso se adueñaba del ambiente. Lola curvó sus labios ante la mirada fría que le dedicó la mayor parte de los allí presentes.

El día empezaba de lujo. Y aún no había llegado lo peor. Eso llegaría tres horas más tarde, no le cabía duda. Aún no creía que hubiese aceptado ese viaje que la devolvería a un pasado del que había huido hecha un guiñapo. Pero ahí estaba, diciéndole adiós a su buen amigo Eusebio, acompañada por Pablo, a la vez que imágenes difusas de Oliver se escabullían por entre las murallas que había construido tiempo atrás.

11:40 En el piso de Lola - Tres Naranjos

—Deja de mirarme como si fuese directa a mi ejecución. Solo es un viaje. Dos noches. Un trámite: verificar que el hotel cumple los estándares ecológicos que estipulan los mandamientos, y listo. Mierda, ¿por qué no cierra la maleta?

»Sé dónde me meto, Pablo. En serio. ¡Joder! Esta cremallera...

—Espera un momento. ¿Ves?, más vale maña que fuerza. Y no te miro mal. Solo quiero... necesito... Prométeme que, si te ves en apuros, silbarás.

—¿Silbar? —Lola, que cruzaba el umbral de la habitación de matrimonio con el equipaje a cuestas, se detuvo.

—Sí. Silbar. Como Rigodón en los dibujos de Willy Fog. ¿No te sabes la canción? Aquella que dice que, si te encuentras en peligro, solo tienes que silbar. ¿Ves?, cuando te ríes como una hiena significa que te comen los nervios. — Pablo se aproximó a ella y la rodeó con los brazos hasta quedar pegados. Lola ocultó el rostro en el hueco de su cuello—. Después de lo que me contaste, sé que eres capaz de pasar por un infierno sin alzar la voz. Hoy me tienes a mí. Siempre me tendrás, no lo olvides.

Lola se apartó lo justo para ponerse de puntillas y alcanzar los labios de Pablo, que recibieron un beso suave, desprovisto de pasión.

—Bajemos ya. Mis tres compañeras de aventura (además de medio pueblo, y la banda de música) nos esperan.

Descendieron por las escaleras uno al lado de otro, la vista al frente, rozándose los dedos. Él se quedaba con las ganas de entrelazarlos con los de ella, y se repitió que Lola necesitaba un amigo, no ese «algo más», sin etiqueta, que eran; ella estaba segura de haber tomado el camino correcto, por muy escarpado que fuese.

En la calle, las compañeras de viaje de Lola: Ángeles, Margarita y Leonor, la esperaban junto a su coche. Tanta sonrisa y tanta encía a la vista no eran buen presagio. Tampoco las decenas de vecinos apostados cerca del vehículo, y cuyos susurros se transformaron en alboroto nada más verla. Dos pancartas captaron su atención. Primero, la de Reme, que rezaba: «Por un planeta mejor: no al hotel invasor»; tres filas más allá, otra decía: «Hay que ser corto de miras para negarse al proyecto».

—Llegas cinco minutos tarde. Abre el coche, que esto ya está durando demasiado —masculló Margarita cuando Lola se acercó al grupo. Carlos, el marido de aquella, miró al cielo y resopló—. Y, tú, sé que tramáis algo. Demasiadas veces has bajado a la calle estos últimos días. Si a mi regreso te has metido en un embolado, o si esta expedición es una cortina de humo, como tantas otras, me las pagarás.

Carlos observó atónito como su mujer guardaba el equipaje en el maletero y ocupaba el asiento del copiloto después de besar su mejilla y darle una palmadita en el brazo.

—Pero ¿qué le das de comer? —soltó Paco, que recibió un codazo de su señora.

—Cariño, no te metas donde no te llaman, que ya tenemos bastante con lo que hay en casa, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres, Ángeles? —Colocó la maleta de su mujer junto a la de Margarita.

—Que sois calcados, Paco. Si esto es una encerrona...

—Disculpad la intromisión, pero os ofrecisteis voluntarias.

—Señora alcaldesa, nosotras sí, pero la moza, no. Ella fue seleccionada a dedo. Y todos conocemos el parentesco de los que aquí habitamos.

—¡Eh! Por ahí no vayáis, que el viaje se acaba antes de que empiece. Que mi hermana haya estado casada con el hijo de Charo no tiene nada que ver conmigo. Ángeles, entiendo que dudes, por ciertas personas —Lola paseó la vista por Paco y Carlos, que miraron sobre el hombro como dos ángeles recién caídos del cielo—, que no voy por gusto. Es decir, que entiendo que creáis que soy la que menos apego tiene a todo y, por ende, la más objetiva.

—Ese es el tema, Lola. Que ninguna de las tres nos creemos que no hayas cogido ni una pizca de cariño a Tres Naranjos, que ya son unos cuantos años los que llevas viviendo entre nosotros. En fin, es hablar por hablar; las cartas están sobre la mesa. Paco, quiero el piso como una patena a mi regreso. Nada de juergas.

Ángeles se adentró en la parte trasera del vehículo tras succionar los morros de Paco como si de la cabeza de una gamba se tratara. Después de semejante demostración de amor, Lola pensó que el mal rollo que parecía existir entre la pareja era más fachada que realidad. Se rio por lo bajo. Pablo se situó frente a ella para que lo utilizase de parapeto.

—La más normal es Leonor, que ocupa su asiento sin decir ni media. Arrímate a ella —le aconsejó entre risas.

—Así será.

La mirada pícara de Lola provocó una sacudida en el estómago de Pablo, quien hizo a un lado sus dudas: sujetó la cabeza de ella entre sus manos y se agachó despacio, dándole la opción de retirarse si consideraba que no era el lugar, por sus vecinos, o el momento, por el tipo de relación que mantenían. Su

cuerpo tembló de pies a cabeza cuando sus lenguas se encontraron. Quizá lo que necesitaban era que ella diese carpetazo a su pasado para avanzar. Puede que ese viaje marcara un antes y un después para ellos.

Quizá.

Puede.

Pensamientos imprecisos que lo llevaron a bajar los brazos para rodearle la cintura y alargar el beso.

El hotel de la discordia llega el 19 de mayo. Ya en pre venta, [pincha aquí](#) para verlo en Amazon.

Can cariño,

Tessa.